

HARLAN COBEN

Motivo de ruptura

UNA HISTORIA DE MYRON BOLITAR



Christian Steele está a punto de cumplir el sueño americano y ser una de las estrellas de la NFL. El agente Myron Bolitar también alcanzará, por fin, su meta, representando a Steele. Una llamada de auxilio, sin embargo, pone en peligro la firma del contrato y el futuro de Bolitar. Es Kathy, una antigua novia de Christian Steele a la que todo el mundo, incluida la policía, da por muerta. Agente de día, investigador de noche, Bolitar buscará desesperadamente a Kathy y penetrará en los oscuros secretos de una familia que jamás hubiera querido conocer. Una combinación de avaricia, miedo, mentiras y pornografía en las que Christian Steele no parece inocente. A Bolitar ya sólo le preocupa una cosa: sobrevivir. Pero no se detendrá hasta encontrar a Kathy y qué se esconde tras su desaparición y su terror.

La primera novela de la serie de Myron Bolitar. Con ella, Harlan Coben encontró un personaje, siempre con su inseparable Win, en el que conviven sentido del humor y la más pura tradición de la gran novela negra norteamericana.

*Esto, al igual
que todo lo demás,
es para Anne.*

1

Otto Burke, «el Genio de los Chismes», siguió insistiendo en su oferta.

—Vamos, Myron —le rogó con fervor casi religioso—, estoy seguro de que podemos llegar a entendernos. Tú cedes un poquito y nosotros cederemos otro poquito. Los Titans son un equipo y, en cierto sentido, a mí me gustaría que también nosotros fuésemos como un equipo, tú incluido. Formemos un equipo, Myron. ¿Qué te parece?

Myron Bolitar juntó las yemas de los dedos. Había leído en alguna parte que poner las manos en esa postura indicaba que uno era una persona seria, aunque en aquel momento se sintió ridículo.

—No hay nada en el mundo que me interese más, Otto —respondió devolviéndole aquella pelota sin sentido por enésima vez—. De verdad que sí, pero es que ya hemos cedido todo lo que podíamos. Ahora os toca a vosotros.

Otto asintió enérgicamente como si acabara de escuchar alguna clase de diatriba filosófica capaz de poner en evidencia al mismísimo Sócrates. Luego ladeó la cabeza y dirigió su falsa sonrisa hacia el director general de su equipo.

—Larry, ¿tú qué opinas?

Larry Hanson captó el mensaje y dio un puñetazo contra la mesa de reuniones con un puño tan peludo que parecía una ardilla del desierto.

—¡A la mierda con Bolitar! —gritó representando a la perfección el papel de enfadado—. ¿Me has oído, Bolitar? ¿Me entiendes lo que te digo? ¡A la mierda contigo!

—A la mierda conmigo —repitió Myron a la vez que asentía con la cabeza—. Entendido.

—¿Te estás haciendo el listillo conmigo, eh? ¡Contesta, cojones! ¿Te estás haciendo el listillo?

Myron se quedó mirándolo un momento y luego dijo:

—Tienes una semilla de amapola entre los dientes.

—Maldito listillo —gruñó Larry.

—Y te pones muy guapo cuando te enfadas. Se te ilumina la cara —añadió Myron.

Larry Hanson enarcó las cejas. Le echó una mirada a su jefe y luego volvió a centrarse en Myron.

—Esto es demasiado para ti, Bolitar. Y tú lo sabes muy bien.

Myron no respondió. La verdad era que, en parte, Larry Hanson tenía razón. Aquello era demasiado para Myron. Sólo llevaba dos años trabajando como representante de deportistas. La mayoría de sus clientes eran casos límite, gente que podía considerarse afortunada si llegaba a jugar algún partido y que ganaba lo mínimo establecido por la liga. Además, el fútbol americano no era ni mucho menos su especialidad. Sólo tenía tres jugadores de la NFL, de los cuales solamente uno de ellos era un principiante. Y ahí estaba Myron, sentado delante de Otto Burke, el niño prodigio que, a sus treinta y un años, era el propietario del equipo más joven de toda la NFL; y de Larry Hanson, toda una exleyenda del fútbol americano convertido en ejecutivo, negociando un contrato con ellos que, pese a la poca experiencia que tenía en aquel campo, iba a ser el fichaje más importante de un novato de toda la historia de la NFL.

Sí, él, Myron Bolitar, había conseguido a Christian Steele, «la figura más cotizada del momento», un *quarterback* dos veces ganador del trofeo Heisman. Tres veces seguidas primer puesto en el ranking oficial de las agencias AP y UPI. Cuatro años seguidos en el All-American. Y, por si fuera poco, aquel chico era el sueño de toda empresa patrocinado-

ra: buen estudiante, atractivo, elocuente, educado... ¡y blanco! (eh, que eso contaba).

Pero, no obstante, lo mejor de todo es que era de Myron.

—La oferta está sobre la mesa, caballeros —prosiguió Myron—. Y creemos que es bastante justa.

Otto Burke negó con la cabeza.

—¡Es una puta mierda! —gritó Larry Hanson—. Eres un puto imbécil, Bolitar. Y vas a echar a perder la carrera de ese chico.

Myron estiró los brazos y dijo:

—¿Y si nos damos un abrazo los tres?

Larry estuvo a punto de soltar otro improperio, pero Otto lo detuvo haciéndole un gesto con la mano. Cuando Larry aún jugaba, Dick Butkus y Ray Nitzchke eran incapaces de pararlo a empujones. Y ahora aquel licenciado de Harvard de apenas setenta kilos de peso lo hacía callar con un mero gesto de la mano.

Otto Burke se inclinó hacia delante. Todavía seguía sonriendo, gesticulando y manteniendo el contacto visual con su interlocutor, como si hubiera salido directamente de un publlirreportaje de los libros de autoayuda «Poder sin límites» de Anthony Robbins. Resultaba absolutamente desconcertante. Otto era un tipo menudo y de apariencia frágil con los dedos más pequeños que Myron había visto nunca. Tenía el pelo negro y largo hasta los hombros, como un cantante de heavy-metal, una cara aniñada y una perilla tan ridícula que parecía dibujada con lápiz. Fumaba un cigarrillo muy largo, o tal vez sólo lo parecía debido al contraste con sus diminutos dedos.

—Mira, Myron —dijo Otto—, vamos a hablar en serio, ¿de acuerdo?

—En serio, venga.

—Perfecto, Myron, eso nos irá muy bien. La verdad es que Christian Steele es una incógnita. Ni siquiera se ha

puesto un uniforme profesional. Podría ser el fraude del siglo.

—Y seguro que eso te suena de algo, Bolitar, la de jugadores que al final no hacen nada, que fracasan por completo —añadió Larry en tono burlón.

Myron se limitó a ignorarlo. Había escuchado aquel insulto muchas veces y ya no le molestaba. A palabras necias, oídos sordos.

—Estamos hablando del que tal vez sea el mejor *quarterback* en potencia de la historia —contestó en tono firme—. Habéis hecho tres traspasos y habéis cedido seis jugadores para conseguir sus derechos. No os habríais tomado tantas molestias si no pensarais que es bueno.

—Pero es que esta propuesta... —empezó a decir Otto, pero entonces se detuvo y se quedó un instante mirando el techo como buscando las palabras apropiadas— no es del todo buena.

—Es más bien una mierda —añadió Larry.

—Pues es mi última palabra —dijo Myron.

Otto hizo un gesto negativo con la cabeza pero sin dejar de sonreír.

—Hablemos del tema, ¿de acuerdo? Mirémoslo desde todas las perspectivas posibles. Tú eres nuevo en esto, Myron. No eres más que un exdeportista que está haciendo todo lo posible para introducirse en el mundillo de los directivos, y yo te respeto por eso. Eres un tipo joven tratando de hacerse un lugar. Mira, hasta te admiro. En serio.

Myron se mordió la lengua. Podría haberle contestado que Otto y él eran de la misma edad, pero le encantaba que lo trataran con condescendencia. ¿Y a quién no?

—Si te equivocas en eso —prosiguió Otto—, podría ser la clase de asunto que hundiera tu carrera. ¿Entiendes lo que quiero decir? Hay mucha gente que cree que esto no va contigo, que no sabes cómo encargarte de un cliente con un perfil tan bueno. Yo no, claro. Yo creo que eres un ti-

po muy listo. Muy astuto. Pero la forma en que te comportas...

Al decir eso, Otto negó con la cabeza como un profesor desilusionado ante un alumno prometedor.

Larry se levantó y, fulminando a Myron con la mirada, le dijo:

—¿Por qué no le das un buen consejo a ese pobre chico y le dices que se busque un agente de verdad?

Myron se había esperado todo aquel número del poli bueno y el poli malo. De hecho, se había esperado algo peor, puesto que Larry Hanson aún no había criticado las preferencias sexuales de la madre de nadie. Aun así, Myron prefería el poli malo al poli bueno. Larry Hanson era un ataque frontal, fácil de ver y de manejar, pero Otto Burke era como un prado de hierba alta plagado de serpientes y de minas ocultas.

—Entonces supongo que no hay nada más que hablar, —dijo Myron.

—Creo que no te conviene una negativa, Myron —sugirió Otto—. Podría ensuciar la imagen tan imaculada de Christian. Podría hacerle daño a la empresa patrocinadora. Podría costarte un montón de dinero. Y tú no quieres perder dinero, Myron.

Myron lo miró fijamente y dijo:

—¿Ah, no?

—No, no quieres.

—¿Me dejáis que me lo apunte? —Cogió un bolígrafo y empezó a escribir con rapidez—: No... quiero... perder... dinero. —Después les dedicó una leve sonrisa—. ¿Es que hoy tengo que dedicarme a tomar apuntes o qué?

—Puto listillo —dijo Larry entre dientes.

La sonrisa de Otto seguía clavada en su rostro, en modo piloto automático.

—Si me permites el atrevimiento —continuó—, creo que a Christian le gustaría empezar a ganar mucho dinero cuanto antes.

—¿Ah, sí? —dijo Myron.

—Hay quien tiene serias reservas sobre el futuro de Christian Steele. Y hay quien cree... —Otto interrumpió la frase para echarle una buena calada al cigarrillo— que la desaparición de esa chica puede tener que ver con ello.

—Ah —dijo Myron—, eso ya me gusta más.

—Que te gusta más, ¿qué?

—Que estés empezando a decir pestes de él. Por un momento he llegado a pensar que no estaba pidiendo bastante.

Larry Hanson le lanzó una mirada asesina.

—¿Pero tú te crees a este pedazo de imbécil con el que estamos hablando? Le planteas un tema tan serio como el de la ex florero de Christian, algo que atenta directamente contra su valor como materia prima de imagen publicitaria, y...

—Rumores decididamente patéticos —le interrumpió Myron—. Nadie se los tomó en serio. En realidad, lo único que hicieron fue que la gente simpatizara aún más con la tragedia de Christian. Y no llames florero a Kathy Culver.

Larry enarcó una ceja y dijo:

—Uy, uy, uy, pero qué susceptible, y sólo por una mierdecilla de dudosa reputación.

Myron no cambió de expresión. Había conocido a Kathy Culver cinco años atrás cuando ella estaba en segundo de bachillerato y por aquel entonces ya era una belleza en ciernes. Como su hermana Jessica. Dieciocho meses antes, Kathy había desaparecido misteriosamente del campus de la Universidad de Reston y todavía hoy nadie sabía dónde estaba o qué le había ocurrido. La historia tuvo todos los ingredientes favoritos de los medios de comunicación: una estudiante guapísima, novia de la estrella de fútbol americano Christian Steele, hermana de la novelista Jessica Culver y, para postre, pistas que apuntaban a una posible agresión sexual. Los de la prensa no pudieron evitarlo. Se lanzaron a por ella como aves rapaces en torno a un buffet libre.

Sin embargo, hacía poco que una segunda tragedia había recaído sobre la familia Culver. Adam Culver, el padre de Kathy, había sido asesinado tres noches atrás en lo que la policía describió como un «atracó chapuzas». Myron ansiaba ponerse en contacto con la familia para darles el pésame y tal vez por otras razones, pero había optado por mantenerse al margen al no saber si era bienvenido y porque, de hecho, estaba bastante seguro de que no era así.

—Bueno, y ahora si...

Pero no pudo acabar la frase porque le interrumpió un toc-toc en la puerta. Ésta se entreabrió y Esperanza sacó la cabeza por el hueco.

—Una llamada para ti, Myron —dijo.

—Atiéndela tú y coge el mensaje.

—Creo que será mejor que te pongas.

Esperanza se quedó mirándolo desde la puerta y, a pesar de que sus ojos negros no daban a entender nada, Myron comprendió que debía ser importante.

—Ahora mismo voy —dijo.

Su secretaria desapareció tras la puerta.

Larry Hanson soltó un silbido de admiración y exclamó:

—Menuda ricura, Bolitar.

—Uy, gracias, Larry, eso es mucho viniendo de alguien como tú.

Myron se levantó de la silla y les dijo:

—Ahora mismo vuelvo.

—Oye, que no tenemos todo el puto día, ¿eh? —le espetó Larry.

—Me hago cargo —le contestó Myron.

Y tras decir aquello salió de la sala de reuniones y se dirigió a la mesa de Esperanza.

—El Premio Gordo —le dijo—. Ha dicho que era urgente.

Era Christian Steele.

La mayoría de la gente nunca llegaría a imaginarse que, a pesar de su menudo tamaño, Esperanza había sido una

profesional de la lucha libre. Durante tres años se le había conocido en el ring como la Pequeña Pocahontas. El hecho de que Esperanza Díaz fuera latina y no tuviera ni un ápice de sangre amerindia no parecía haberles importado mucho a la organización de la REGLA (Radiantes Estrellas Guerreras de la Lucha Atlética). Un mero detalle sin importancia, habrían pensado: latina, india, ¿qué más daba?

En el momento culminante de su carrera en la lucha profesional, todas las semanas se repetía la misma historia en los estadios de los Estados Unidos de América. Esperanza («Pocahontas») entraba en el cuadrilátero con mocasines indios, un traje de ante con flecos y una cinta que le recogía la larga melena negra y dejaba ver la tez morena de su cara. En los instantes previos al inicio del combate se quitaba el vestido de ante dejando a la vista un atuendo amerindio más ligero de ropa y mucho menos tradicional.

La lucha profesional tiene un argumento bastante sencillo que, desgraciadamente, no admite muchas variaciones. Algunos luchadores son malvados y otros son buenos. Pocahontas era de las buenas y una de las favoritas del público. Era muy mona, muy menuda y muy rápida, y tenía un cuerpo pequeño y delgado. Era muy popular. Siempre que su adversaria hacía algo ilegal que todo el mundo podía ver menos el árbitro, como tirarle arena a los ojos o usar un objeto no permitido como arma, siempre acababa ganando el combate gracias a su ingenio. Entonces, la luchadora del bando de los malos llamaba a un par de compinches y se lanzaban tres contra uno a por la pobre Pocahontas, cebándose sin piedad en aquella belleza tan valerosa para horror y disgusto de los comentaristas, que habían visto cómo pasaba lo mismo la semana pasada y la anterior.

Y justo cuando parecía que ya estaba todo perdido, la Gran Mamá Jefa, una criatura mastodóntica, salía a toda velocidad de los vestidores y apartaba a aquellas bestias de

Pocahontas. Y entonces, la Gran Mamá Jefa y la Pequeña Pocahontas derrotaban a las fuerzas del mal.

Una diversión sin límites, vamos.

—Lo cojo en mi despacho —le dijo Myron.

Al entrar, vio la placa con su nombre que tenía sobre la mesa y que le habían regalado sus padres:

MYRON BOLITAR
REPRESENTANTE DEPORTIVO

Hizo un gesto negativo con la cabeza. Myron Bolitar. Todavía no podía creer que alguien pudiera ponerle «Myron» a un hijo. Cuando su familia se trasladó a Nueva Jersey, le dijo a todo el instituto que se llamaba Mike, pero no hubo forma. Luego intentó apodarse Mickey, pero... no lo consiguió. La gente volvió a llamarle Myron y aquel nombre se convirtió para él en una especie de monstruo de película de terror que se resistía a morir.

Y respondiendo a la pregunta de rigor: no, nunca se lo perdonó a sus padres.

Cogió el teléfono y dijo:

—¿Christian?

—¿Señor Bolitar? ¿Es usted?

—Sí pero, por favor, llámame... Myron —contestó mientras se decía a sí mismo que aceptar lo inevitable era de sabios.

—Siento mucho molestarle. Sé que está muy ocupado.

—Estoy ocupado negociando tu fichaje. Tengo a Otto Burke y a Larry Hanson en la sala de al lado.

—Se lo agradezco, pero esto es muy importante —dijo—. He de hablar con usted en persona cuanto antes.

Myron cambió el auricular de mano.

—¿Tienes algún problema, Christian? —preguntó haciendo gala de sus grandes dotes de percepción.

—Pre... preferiría no hablar de ello por teléfono. ¿Podríamos vernos en mi habitación del campus?

—Claro, ningún problema. ¿A qué hora?

—Ahora, por favor. No... no sé qué pensar de todo esto. Quiero que lo vea usted mismo.

Myron respiró hondo y dijo:

—No hay problema. Les diré a Otto y a Larry que aplazamos la reunión. Me irá bien para las negociaciones. Estaré ahí dentro de una hora.

Sin embargo, le llevó algo más de una hora.

Myron entró en el garaje Kinney de la Calle 46, no muy lejos de su despacho en Park Avenue. Saludó a Mario, el encargado del garaje, pasó por delante del tablón de precios con una pequeña nota al final donde se leía: «97% de impuestos no incluido», y fue hasta su coche en el primer sótano. Un Ford Taurus, el típico imán para las tías.

Estaba a punto de meter la llave en la cerradura cuando oyó un sonido sibilante. Como el de una serpiente. O, mejor, como el del aire al salir de un neumático. El sonido procedía de la rueda trasera derecha. Tras fijarse un momento, Myron se dio cuenta de que se la habían pinchado.

—Hola, Myron.

Dio media vuelta y se encontró con dos hombres con una sonrisa burlona en los labios. Uno de ellos era tan grande como un país del Tercer Mundo. Myron era bastante corpulento, ya que medía metro noventa y dos y pesaba unos noventa y cinco kilos, pero se imaginó que aquel tipo debía de pasar de los dos metros y rondar los trescientos kilos. Tenía toda la pinta de ser un levantador de pesas profesional y su cuerpo estaba hinchado como si llevara puestos varios chalecos salvavidas por debajo de la ropa. El otro tipo, en cambio, era de constitución normal y llevaba puesto un sombrero de ala curva.

El hombretón se acercó pesadamente al coche de Myron con los brazos muy rígidos y ladeando la cabeza de un lado a otro, haciendo crujir aquella parte de su anatomía

que en un hombre normal podría haberse denominado cuello.

—¿Tienes algún problema con el coche? —le preguntó con una sonrisa entre dientes.

—Un pinchazo —contestó Myron—, hay una rueda de recambio en el maletero. Cámbiamela.

—No, Bolitar. Esto no ha sido más que una ligera advertencia.

—¿Ah, sí?

El armario empotrado agarró a Myron por las solapas de la chaqueta y le espetó:

—Mantente alejado de Chaz Landreaux. Ya ha firmado.

—Vale, pero primero cámbiame la rueda.

El tipo acentuó la media sonrisa. Era una media sonrisa estúpida y cruel.

—La próxima vez no seré tan amable —dijo.

Luego lo agarró un poco más fuerte arrugándole el traje y la corbata y añadió:

—¿Lo entiendes?

—Supongo que ya sabrás que los esteroides hacen que se te encojan las pelotas.

La cara del hombre enrojeció.

—¿Ah, sí? Pues a lo mejor te parto la cara, ¿de acuerdo? A lo mejor te la dejo hecha un poema.

—¿Un poema?

—Sí.

—Bonita imagen, la verdad.

—Que te den por culo.

Myron soltó un suspiro y, acto seguido, pareció como si todo su cuerpo se pusiera en movimiento a la vez. Empezó con un cabezazo que fue a parar directamente contra la nariz de aquel hombretón. Se oyó una especie de crujido, como si alguien acabara de pisar un escarabajo, y la nariz del hombre comenzó a sangrar.

—Hijo de...

Myron cogió al tipo por el cogote y le endiñó un codazo en la nuez que estuvo a punto de aplastarle la tráquea. El hombre hizo un ruido gorgoteante de asfixia y dolor y luego calló. Myron lo acompañó con un golpe con la parte estrecha de la mano contra el cogote, justo por debajo del cráneo, que hizo que el hombretón se desplomara al suelo como un saco de arena.

—¡De acuerdo, ya basta!

El tipo del sombrero de ala curva dio un paso hacia delante apuntando una pistola contra el pecho de Myron.

—Apártate de él. ¡Vamos!

Myron le echó una mirada rápida y dijo:

—¿Ese sombrero es de verdad?

—¡He dicho que te apartes!

—Muy bien, muy bien, me aparto.

—No hacía falta que hicieras eso —le amonestó el hombre más bajo casi con pena—, sólo estaba haciendo su trabajo.

—Un joven incompredido —añadió Myron—. Ahora me siento fatal.

—Limítate a no acercarte a Chaz Landreaux, ¿de acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo. Dile a Roy O'Connor que no estoy de acuerdo.

—Oye, que a mí no me pagan para dar una respuesta. Yo sólo doy el mensaje.

Y sin decir nada más, el hombre del sombrero de ala curva ayudó a su compañero a ponerse en pie. El hombretón fue andando a trompicones hasta su coche con una mano en la nariz y la otra en la garganta. Tenía la nariz destrozada, pero la tráquea iba a dolerle muchísimo más, sobre todo al tragar.

Se metieron en el coche y se fueron de inmediato. Ni siquiera le cambiaron la rueda a Myron.